

tuales del Río de la Plata, de Montevideo y de la próspera Buenos Aires, la ciudad fenicia levantada por la burguesía del puerto, de espaldas al resto del país.

Hablemos un poco de la América Hispana que, como decía Henríquez Ureña, para los argentinos empieza en Córdoba. Yo he pasado muchos veranos en Córdoba, y me refiero a ella en la segunda parte de una novela que publiqué el año pasado. Para un muchacho de Buenos Aires, la ciudad de Córdoba no dejaba de tener su encanto, pero también, por inexperto que fuera ese muchacho, le daba una impresión de ciudad encerrada, agobiada, y esa impresión quizá la dieran todas las ciudades del interior del país sobre cuyos hombros se encaramaba la orgullosa Buenos Aires, la cabeza de Goliat, como la llamó Ezequiel Martínez Estrada.

La Córdoba de las décadas del veinte y del treinta era una provincia pobre, colonizada por una burguesía próspera y no tan próspera, que contaba con el apoyo de una Iglesia que casi siempre sostenía el clasismo en todas sus formas. Y hago esta crítica de la Iglesia basándome en las críticas que ella misma, tácitamente, con su actitud posconciliar y demostrando inteligencia y sentido práctico, ha hecho de su comportamiento en el pasado.

Aunque Córdoba, en 1918, promovió la Reforma Universitaria, que después habría de extenderse por toda Hispanoamérica, esta circunstancia no influyó para que los escritores cordobeses, como subyugados por la belleza natural de su provincia y la distinción anímica de su gente, hicieran oír la voz de las clases marginadas. La gente humilde de Córdoba no hacía sino trabajar e ir a la iglesia. Cuántas iglesias. Teníamos la impresión de estar siempre en una iglesia. Al salir, en la calle, un largo paredón indicaba que aquella continuaba más o menos subrepticamente en forma de convento, colegio, o asilo. En la actualidad, la gente cordobesa no es gente abatida, como en las décadas del veinte y del treinta. Córdoba es una provincia pujante, industrial, decisiva en los destinos del país. Una provincia que no mira a Buenos Aires, pero que Buenos Aires mira, mira atentamente. Ya Buenos Aires no puede darse el lujo de volverle la espalda.

La antigua Córdoba ha desaparecido, así como han desaparecido en Buenos Aires los barrios suburbanos que nos traían a la memoria esa vieja imagen de Córdoba. En los barrios suburbanos de Buenos Aires, cantados por Borges en sus primeros poemas, había calles no menos sosegadas que las calles de Córdoba, que incitaban al recogimiento y a la meditación. Y en esas calles había casas de bajos —versión humilde de las antiguas casas de provincia— con balcones, cornisas, balaustrada, y un amplio zaguán con reja desde el cual se divisaba un patio lleno de plantas y, en ocasiones, un emparrado. Por esas casas, que parecían desafiar la distancia, en la América del Atlántico asomaba la América Hispana o Central, como decía

Henríquez Ureña. Hoy, en Buenos Aires, han sido reemplazadas por mequinos departamentos. En cambio, junto a los barrios más lujosos, no bien terminan los jardines de Palermo, se hacinan las Villas Miseria.

Villas Miseria. Lo que ustedes llaman *Shanty Towns*. Parecerían la venganza que se toma en la Argentina la América Hispana sobre la América del Atlántico, porque nuestra política ha consistido en fomentar la riqueza de la pampa húmeda y del litoral a expensas del interior del país. Cuando después de la segunda guerra mundial, por un cúmulo de circunstancias que no es del caso analizar aquí, el país comienza a empobrecerse, asistimos a ese desquite de la América Hispana en forma de Villas Miseria. Ya sabemos que son un fenómeno mundial, pero no tendrían razón de ser en un país tan grande y lleno de recursos como la Argentina, y tan exiguamente poblado. Como se ha hecho poco o nada para aliviar la situación de la gente de campo, asistimos de veinticinco años a la fecha, aproximadamente, al éxodo del campo a la ciudad, sobre todo a Buenos Aires, «la ciudad de los sueños», como la llamó Rubén Darío, y como Juan José Hernández ha titulado una novela en la que nos muestra el clásico enfrentamiento del interior de la República con la Capital Federal. Se ha escrito, desde luego, la novela de la Villa Miseria. Muchas novelas. Pero esta miseria sin raíces profundas, que no sería difícil extirpar pero que va en camino de prolongarse, y quizá de perpetuarse, a causa de la incuria de nuestros gobiernos, ¿ofrece verdaderas posibilidades estéticas? Me pregunto si puede darse una respuesta verdadera, que tenga un valor continental, que sea una imagen de la Argentina, cuando el estímulo es de por sí capcioso. En ocasiones hay Villas Miseria como aquellas a que antes aludí, cercanas a los jardines de Palermo, que combinan la promiscuidad y el delito con el trabajo en la fábrica cercana, los asados, los relojes pulsera con malla de oro, la ropa de nylon y los televisores. En tales casos, es una miseria desconcertante, apócrifa. Poco tiene que ver con esa patética miseria de hombres desencantados y mujeres sufrientes, chicos raquíuticos y perros hambrientos, de algunas desoladas zonas rurales. A esta Argentina, en verdad menesterosa, se han referido algunos narradores argentinos, y señalaré a dos: Daniel Moyano, en algunos libros de cuentos que transcurren en La Rioja, y el ya mencionado Juan José Hernández en los relatos tucumanos de *El inocente*. Uno y otro nos dan una visión honda, dramática, de seres postergados, avasallados. Aunque no explícita, hay en sus obras una denuncia de carácter social que nos hace ver lo que habíamos mirado sin ver, desaprensivamente, o que nos permitíamos desconocer o negar. Uno y otro transforman en belleza lo monstruoso, atestiguan, como alguien ha dicho, la supervivencia de la poesía a pesar de las humillaciones de la historia. Citaré, por último, el testimonio de Manuel Puig. En dos de sus novelas

que han sido traducidas al inglés, *La traición de Rita Hayworth* y *Boquitas pintadas*, nos muestra cómo Buenos Aires, la Capital Federal, contamina un lejano pueblito de la provincia de Buenos Aires. Aquí el daño a la América del Atlántico proviene de esa misma América. No tiene carácter material, sino anímico. La ciudad de los sueños alimenta con las revistas gráficas, el cinematógrafo de Hollywood y el radioteatro, los pobres sueños de una modesta burguesía perdida en medio de la provincia, y sobre la cual no gravita ningún pasado de orden intelectual o estético. El arma que utiliza Puig, el lenguaje coloquial de sus personajes, un lenguaje al mismo tiempo feroz y candoroso como el de las revistas que leen o el del radioteatro que escuchan, los desnuda y muestra en toda su mezquindad. Estas dos novelas que son un colorido muestrario de cursilerías y que parecería que sólo se proponen divertir, rebasan los límites de la mera sátira y cumplen una función social.

La expresión función social, que temo repetir en esta conversación/conferencia tan disgresiva, me trae el recuerdo de Mario Vargas Llosa. Hace varios años fuimos jurados en un concurso literario y nos grabaron una entrevista en casa. Vargas Llosa hizo sobre la novela algunas consideraciones atinadas. Dijo (no garantizo la exactitud de sus términos pero sí de su pensamiento) que a medida que la realidad entra en un período de descomposición histórica y social, aparece una novela más original, más audaz. Habló de la Edad Media. La Edad Media conoce un estado de corrupción, de gangrena, y aparece la novela de caballería, un momento de apogeo de la novela. Habló de la novela rusa. Cuando la realidad rusa atraviesa por una época crítica, comienza a desmoronarse internamente, surge la gran novela rusa. Después habló de la Revolución Francesa que viene precedida de un movimiento novelístico que representó también una especie de apogeo: la gran novela maldita, Sade, Laclos. Era como si la novela estuviera naciendo en las puertas del Apocalipsis. Yo dije que pasa con la novela como si descubriera un secreto. En ocasiones, agregué, es una infidencia, una traición. Carlos Fuentes, que no pudo venir a Buenos Aires para integrar el jurado, me mandó una tarjeta desde Italia felicitándome por lo que él llamaba mi definición de la novela. Había leído una crónica de la entrevista. Hoy, al cabo de siete años, aprovecho la oportunidad para declarar que la definición, en caso de que lo fuera, no me pertenece. Cuando Vargas Llosa mencionó a Laclos, recordé una frase de Giraudoux sobre *Las relaciones peligrosas*. Ahora la he buscado para citarla exactamente. Dice Giraudoux que *Las relaciones peligrosas* puso en evidencia un aspecto esencial del siglo XVIII. Agrega con bastante gracia: «Mientras los rosacruces, los francmasones, todas las sociedades pretendidamente herméticas y sus dogmas cifrados fueron descritos y denunciados en cien libelos, la sociedad